

LA RESURRECCIÓN DE

Elena Garro

Un coloquio y un libro sobre la vida de la escritora vuelven a poner en primer plano la figura de esta polémica mujer.

● POR ADRIANA HERRERA

PRONUNCIARELNOMBRE de Elena Garro es desencadenar una tensión. Basta interrogar sobre ella a cualquiera de los intelectuales del país para precipitar una dubitación, un silencio perceptible, o una aclaración sobre la complejidad del tema. El año pasado se conmemoraron 90 años de su nacimiento –aunque ella jamás reconoció su edad verdadera– y pareció que su figura, que ha suscitado un desbordante número de adjetivos contradictorios –desde “loca” hasta “una verdadera Juana de Arco”– volvía a ocupar el presente de México sin cambiar el sino tortuoso que siempre la rodeó.

no y delatora con nombre propio de cercanos amigos, como el genial Max Aub. En diciembre, un grupo de personas –entre las que se encontraban el escritor René Avilés Fabila, su agente literaria Patricia Rosas Lopátegui y Marcela del Río Reyes, nieta de Alfonso Reyes, entre otros– conmemoraron su nacimiento en Puebla durante el aniversario 475 de la ciudad con un coloquio que duró dos días.

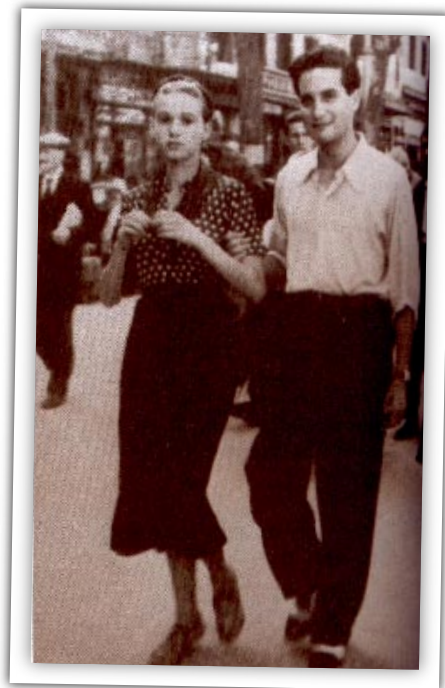
Rosas Lopátegui, profesora de Literatura Latinoamericana en la Universidad de Nuevo México y autora de libros sobre Garro como *El asesinato de Elena Garro* y *Yo sólo soy memoria*, ha coordinado encuentros destinados a reivindicar la imagen

“Cuando la mujer escribe muere. Es su sentencia de muerte”: Elena Garro.

Esta señora de las letras mexicanas, una de las mayores escritoras del siglo XX hispanoamericano –fue dramaturga, periodista, cuentista y escribió secretamente poesía–, Premio Xavier Villaurrutia por su novela *Los recuerdos del porvenir*, suscitó en 2006 nuevas polémicas relacionadas con la desclasificación de ciertos archivos de la Dirección Federal de Seguridad, del año 1968, que parecían comprometerla como informante del gobier-

y el aporte a la literatura de esta autora que sentenció, por experiencia: “Cuando la mujer escribe, muere. Es su sentencia de muerte”.

Casi paralelamente, el Fondo de Cultura Económica lanzaba su *Obra reunida*, en una bella edición conmemoratoria. Este año, la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla va a publicar un volumen de ensayos y semblanzas dedicados a Elena Garro, que, por encima de todas las reticen-



● Elena Garro y Octavio Paz a los pocos meses de casados.

cias y de los encadilados debates sobre su papel, reúne a autores que la conocieron o cuyas vidas se vieron de algún modo transformadas por esta mujer inclasificable, para recrearla y preceder lo que simbólicamente equivale a la resurrección de Elena Garro: actos de memoria colectiva que la rescatan del silencio y le otorgan el lugar que le corresponde en las letras hispanoamericanas.

PODER conversó con distintos intelectuales en torno al estigma de Elena Garro, que fue una de las defensoras más encarnizadas de los derechos de los campesinos desde los años 50, pero también una de las líderes menos encandiladas por la utopía del comunismo –no obstante lo cual, encabezó manifestaciones en pro de la liberación de Regis Debray tras el asesinato del Ché–. Esta díscola escritora, una de las mentes más creativas de su época, fue por definición contradictoria: exaltó sin temor al opositor del PRI creador del movimiento Patria Nueva, Carlos A. Madrazo; pero también se enfrentó a intelectuales y catedráticos de izquierda acusándolos de haber incitado a los jóvenes del movimiento estudiantil en una repudiable declaración que quitaba la responsabilidad de la masacre de Tla-



• La deslumbrante belleza de Elena Garro cuando era apenas una jovencita de 17 años.

telolco al gobierno. Fue apresada bajo cargo de conspiración comunista contra el mismo gobierno de Luis Echeverría, al que algunos le enrostran haber servido de informante, mientras otros la consideran el chivo expiatorio de un poder en crisis. Tuvo –hasta la muerte, según su hija, la poeta Elena Paz– una enfermiza relación –cuya íntima realidad permanecerá impenetrable para los extraños– con el intocable Octavio Paz, inmenso en su verbo, en su inteligencia y en su abrumador tutelaje sobre las letras mexicanas, con quien se casó a los 20 años, cuando abandonó su pasión por la coreografía para seguirlo al escenario de la Guerra Civil Española, donde descubrió que ella era inmanejable; se hizo escritora durante su matrimonio con él, aunque fuentes como Lopátegui –a la que contradice Poniatowska– dicen que Paz receló de su proyección literaria, porque no admitía sombra a su grandeza. Esta misma mujer avasalladora fue amante del genial Bioy Casares, con el que mantuvo 25 años una correspondencia donada a la Universidad de Princeton y al que amó sin entender la relativa importancia que su presencia tenía para el impecable narrador de *El héroe de las mujeres*, que era, como éste, muy poco digno de la confianza de ellas.

Nada es sin matices en la historia de Elena Garro: fue acusada de paranoica, pero se vio vigilada numerosas veces; a lo largo de su vida hizo lo que le vino en gana, sin asomo de prudencia, pero la guiaba un feroz instinto de honestidad, sólo moderado por sus apetencias; era bella, brillante, incontenible, conflictiva, mordaz, y carecía del más mínimo sentido del límite. Podía provocar complicidades incondicionales o llevar a la exasperación, como le ocurrió a Octavio Paz desde su primer viaje con ella.

Elena Garro desató –y sigue desatando– todas las pasiones, todos los odios y todas las devociones. Prueba de ello es el libro editado por la BUAP que contendrá el recuerdo que de ella tienen su hija Elena, María Luisa



• Elena Garro con su hija, Elena Paz, fruto de su atormentado matrimonio con Octavio Paz.

La China Mendoza, Marcela del Río Reyes, Rosas Lopátegui, Alejandro Palma, Guillermo Schmidhuber y el escritor René Avilés Fabila, quien se encargó de traerla de vuelta a México en 1993, cuando se instaló en Cuernavaca, tras el prolongado destierro voluntario que inició después de 1968, el año de la desgracia: el de la sangre en Tlatelolco y el del inicio de su penosa errancia por ciudades como Madrid y París, del extraño proceso de irse convirtiendo en sombra, perseguida por una atmósfera hostil y por sus fantasmas. Su mejor producción literaria es anterior a esta fecha.

Exactamente dos décadas después, Elena Garro desaparece sin homenaje alguno de despedida. Cinco años más tarde, Harriet Divoky Nittoli dedica su



• Patricia Rosas Lopátegui ha sido una gran defensora de la obra de Elena Garro.

tesis doctoral en la Universidad de Ann Arbor, Michigan, al estudio de *Los recuerdos del porvenir* y del ya clásico cuento *La semana de colores*. Es justamente el asombro ante el contraste entre su valía literaria y ese desdén, lo que provoca luego la publicación de libros editados en Nueva York sobre el tema como *Light Into Shadow: Marginality and Alienation in the Work of Elena Garro*, escrito por Julie A. Winkler, y editado por Lang en 2001, y *Tiempo, destino y opresión en la obra de Elena Garro*, de Toruño Rhina. En 2003, la Universidad de Guadalajara publicó el libro de Guillermo Schmidhuber de la Mora, con un título que dimensiona a esta escritora mexicana que durante años perdió hasta su nacionalidad, en la compañía literaria que le corresponde: *Cátedra de damas: Sor Juana y Elena Garro*.

En el prólogo de *El asesinato de Elena Garro* escrito por Elena Poniatowska con su infaltable sentido de justicia y una mordacidad que uno podría creer agudizada por su enorme admiración por Octavio Paz, de no ser porque en *Siete cabritas* definió a Garro como “un Emiliano Zapata femenino” en su defensa de los campesinos, hace notar que no obstante haber constituido un mito, éste “no ha crecido con su muerte”. “Apenas comienza, Elena” habría que responderle. Igual dice que si bien Rosas Lopátegui “nos avienta de cabeza al mundo ardiente y peligroso del periodismo de la Garro del que se sabía poco o nada”, es una biógrafa tan enamorada de su personaje que “no le cuestiona nada. Le reza, la convierte en santa”. Cuando PODER le pidió su visión de las acusaciones de delación, se limitó a referirse a lo dicho en el prólogo y con ese tono aprendido de las gentes del pueblo que ama añadió: “Pregúntenle a Patricia Rosas Lopátegui. Ella sabe más”.

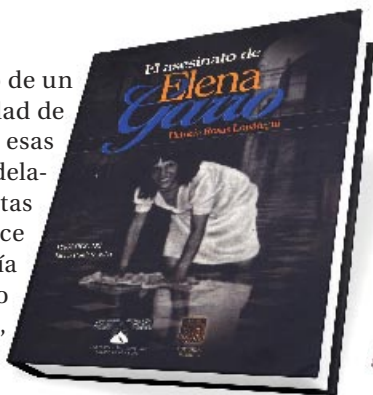
Ciertamente, Rosas Lopátegui la entrevistó en varias ocasiones y ha dedicado 20 años de su vida académica a rescatar su memoria y su obra. Ella desdeña las acusaciones que pesan sobre la escritora. “No creería en ellas ni siquiera si en lugar de transcritas a máquina –un recurso na-

da confiable viniendo de un organismo de seguridad de un Estado dictatorial— esas páginas de supuestas delaciones estuvieran escritas de su puño y letra”. Dice que en ese caso pensaría que las habría copiado estando secuestrada, bajo amenaza, dictadas por los esbirros.

Su inmersión en la vida y obra de Elena Garro le otorga una certeza inamovible de que jamás habría traicionado a sus amigos, o “una admiración sin límite”, como precisa Glantz; pero igual reconstruye su biografía, *Testimonios sobre Elena Garro*, sin excluir episodios desmesurados como que de niña prendió fuego a la casa de alguien que le desagradaba, y no deja de notar que en uno de sus cuentos célebres, *La culpa es de los tlaxcaltecas*, escrito entre 1963 y 1964, quizá como una premonición, Laura le dice a la cocinera: “Ya sabes que tengo miedo y por eso traiciono”.

Rosas Lopátegui logra retratarla, en todo caso, de un modo que se identifica con ese epígrafe de Ionesco que usa para iniciar su biografía, y que sintetiza su vida en unas líneas: “Los autores que responden a las necesidades de su tiempo paradójicamente se colocan en contra de su tiempo, en contra de las convenciones establecidas, en contra de las voluntades de su gobierno, así como en contra de las exigencias y de toda clase de consignas de las doctrinas y de los adoctrinados”.

Gracias al trabajo de recopilación de Rosas Lopátegui tenemos acceso a datos, diarios y declaraciones de Elena Garro que revelan su carácter temerario. Como debía bordar antes de salir a jugar, optó por enseñarle a bordar a su primo para ganar más



pronto su libertad. “Practiqué la felicidad en mi infancia... Sólo lloré por Cristo y por Sócrates”, escribió. Años después entrará a Filosofía y

Margo Glantz y Joaquín Díez-Canedo evocan a la Garro

La edición de la obra reunida de Elena Garro hecha por el FCE vino a suplir una necesidad, porque si bien la misma editorial había publicado años atrás el libro de Martha Robles que recrea la historia de mujeres inmensas en su grandeza y contradicciones como Virginia Woolf, María Zambrano y la misma Garro, la edición de sus obras se había descuidado y, de hecho, en países de América Latina distintos a Argentina ya no se conseguían. Joaquín Díez-Canedo, el gerente editorial, uno de los gestores del proyecto que reúne las obras de escritoras como Garro, Margo Glantz y Laura Restrepo, y quien lanzará muy pronto *La rueda de la fortuna*, el libro de poemas de Elena Paz, dice que edita a Elena Garro confirmando la visión de su grandeza que tuvo su propio padre al publicar *Los recuerdos del porvenir*, *Andamos huyendo Lola* y muchas obras. Para él el debate político que la rodea es apenas anecdótico respecto al incuestionable valor de sus obras.

Margo Glantz, otra mujer desmesurada en su creación, profesora visitante en Yale y Harvard, autora de innumerables ensayos y obras de ficción—su último libro es *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador*—dijo a PODER. “Elena y Nellie Campobello fueron las más grandes escritoras mexicanas, y ambas fueron poco reconocidas en su tiempo. A Elena no se le dio la importancia que merecía porque tuvo muchas actuaciones muy raras en la política y en la vida cotidiana, y quizás por ser esposa de Octavio Paz, que era la gran figura, el cacique nacional”. Celebra la publicación de sus obras en una editorial como el FCE. “Elena Garro merecía un trabajo editorial firme y elocuente”. ¿Ha tenido que ver el machismo con el hecho de que se le haya dado una importancia muy inferior a la que literariamente merece? “En México ha habido un machismo muy grande. Nellie Campobello estuvo en la Revolución y fue la única mujer que escribió—con una fuerza semejante a Rulfo—sobre el movimiento, y nunca estuvo incorporada hasta que su memoria comenzó a recuperarse en los años sesenta”. La resurrección de Elena Garro equivale a restituir a la memoria nacional una parte de sí y pronunciar de nuevo las palabras que inspiró a Emilio Carballido: “Elena, criaturita rubia, hija y hermana de la tierra y del casino de París, bienvenida con nosotros”.

Letras. Quien lee su visión desfachatada de la Guerra Civil Española, siente que pronuncia sus verdades del mismo modo en que vive: sin otro límite que ella misma. “Los mexicanos siempre compadecieron a Paz por haberse casado conmigo. ¡Su elección fue fatídica!”, dice. “A mí me habían explicado que

en Rusia no había pobres ni ricos y eso me parecía abominable. Esta-ba muy bien que no hubiera pobres, ¿pero ricos? Entonces, quién hacía, las fiestas, las galas?”. *Memorias de España* simula la mirada de una narradora de 21 años que incomoda a Paz por su imprudencia, que ignora la dimensión de los personajes de la historia con los que se encuentra, y que por eso mismo rehace vívidamente una atmósfera en la que transitan Alberti, León Felipe, una ensombrecida Tina Modotti, César Vallejo—“A su contacto, me invadió una corriente de bondad que nunca más he vuelto a sentir”—y el mismo Antonio Machado y su madre antes de que echaran a andar hacia la muerte. “Para mí—escribe—la madre de los Machado quedó como la imagen de España, a la que todos iban a fisgar, a comentar para luego decir: ‘Yo la he visto...’ y, después ¡nada! Me disgustó tomar parte en la fila de los fisgones”. Mucho más tarde, durante un periodo que se extiende cerca de dos décadas, se dedicará—como consta en los mismos archivos desclasificados— a auxiliar a los campesinos. Ni sus mayores contradictores han puesto en duda la integridad con que defendió sus intereses. Tampoco su vigencia literaria que estará inscrita en los recuerdos del porvenir. ●